

¡Sólo a mí me pasan estas cosas!"

Se pegó \$20 millones y nunca encontró el billete premiado. Y esta es sólo una de las insólitas vivencias de la famosa Carmen Granados

Las anécdotas que cuenta Carmen Granados trascienden el humor de sus personajes. Y es que en sus 84 años de vida, ella ha vivido casi tantas anécdotas chistosas como las de Rafaela, Prematura o Doña Viena.

"Mirá, yo creo que solo a mí me pasan estas cosas. El otro día fui a una misa en Heredia y el padre seguro me conocía y se dio cuenta de que yo estaba ahí, pues fijáte vos que al terminar la misa se volvió hacia los feligreses y dijo:

—Bueno, hoy tenemos aquí una visita muy especial, aquí está con nosotros doña Carmen Granados, y yo creo que a todos nos gustaría mucho oír algunas palabras suyas desde aquí, brindémosle un aplauso.

Yo no hallaba qué hacer, estaba dentro de una iglesia y yo cuando le hablo al público es para contar algún chiste. ¿Qué le digo a esta gente? Me levanté del asiento y caminé hacia el altar, saludé al padre y a los feligreses agradeciéndoles mucho sus muestras de cariño y de pronto me cayó como del cielo el recuerdo de un cuento que se podía contar en el templo, entonces les dije:

—Yo he oído decir que nadie es profeta en su tierra, pero eso no es verdad. En este país tan lindo que nosotros tenemos, sí se puede ser profeta aunque uno haya nacido aquí. Este es el país más bello del mundo.

Dicen que cuando Taticá Dios terminó de hacer el Universo, se sentó por ahí a contemplar lo lindo que le había quedado todo: los árboles, las montañas, los animales, los ríos, el Sol, la Luna, las estrellas...

En eso apareció un negro grandote por ahí y Dios le dijo:

—¿Y vos quién sos ¿qué querés?

—Señor —dijo el negro— yo viene a buscar a vos, para que vos dar tierra grande, muy grande, para llenarlo de negritos y llamarla África.

—Me parece muy bien —dijo el Señor— puedes tomar toda esa parte grande que está al sur.

Apenas se fue el negro, apareció un

gringo y le dice a Dios:

—Señor, yo viene también a buscar a vos, yo querer mucha tierra para trabajar y tener muchos dólares.

—¿Y qué es eso?, preguntó el Señor.

—Plata, mucha plata, y con esa plata hacer muchos inventos.

—Me parece muy bien, puedes tomar toda esa tierra del norte, dijo el Señor.

En eso aparece también un chinito y dice:

—Señol, nosotlo quelel también tiela. Nosotlo venil aquí pol un pelazo le tiela, pala clial batante chinito qui hagan batante shop suey.

—Muy bien —dijo el Señor— a ustedes les vamos a dar toda esa tierra del Oriente para que la desarrollen y produzcan bastante.

Y en eso aparece un charro mexicano:

—¿Quiubole manito? —le dijo al Señor—. ¿Y nosotros qué? ¿Bueno qué? ¿Qué nos vas a dar a nosotros?

—¿Y qué quieren ustedes?, dijo el Señor.

—Pos una buena tierra pa sembrar y pa poblarla de hombres machos, muy machos.

—¿Y cómo le van a llamar a esa tierra?

—¡Pos México! ¡México para los mexicanos!

—Bueno, acomóndense allí un poquito más abajo de donde están los gringos.

Ya estaba el Señor levantándose para ir a descansar, cuando aparece un argentino:

—Pero che, viejo, ¿no te vas a ir ya?

¿No me vas a dejar aquí solo, fané y descangayado? Nosotros también queremos tierra pa sembrar el matecito, y ganar unos morlacos para irnos de milonga con las paicas y las grelas.

—Bueno, está bien, ustedes pueden tomar esa zona sur que es muy buena tierra, pero eso sí, dejen de presumir tanto.

Cuando ya el Señor consideró que todo lo había repartido, se dio cuenta que allí quedaba un conchito con su alforja de mecate, descalzo, con las manos entre la bolsa y enterrando el dedo gordo en la tierra.

—¿Y vos, qué? —dijo el Señor—

¿También querías tierra?

—Pos yo estaba aquí desde el principio, pero me dio mucha vergüenza pedí'le. Estaba viendo lo lindo que le quedó todo y tan ligero que lo hizo, ¿verdá? ¿En solo siete días? ¡Qué ligero, verdá?! Bueno, ¡ya hora qué! Ya usted todo lo repartió.

—Pues mirá —dijo el Señor— yo había reservado este pedacito para mí porque es muy bonito, tiene muchos animales y ríos y montañas azules y muy buen clima, yo lo quería para venir de vez en cuando a descansar, pero como vos has sido tan humilde y has tenido tanta paciencia, te lo voy a regalar para que lo sembrés de café y fundés aquí Costa Rica."



haciendo señas, cuando se me acerca una viejita y me dice:

—Ay doña Carmencita, ¿cómo está usted?

—Ah, muy bien, muchas gracias.

En eso pasa una amiga suya y la viejita se dirige a ella diciéndole:

—Mirá, mirá, esta es Carmen Granados.

Y un borrachito que andaba por ahí con las faldas por fuera y con cara de desesperación, al oír mi nombre se me acercó y me dice:

—Ay doña Carmen, ay doña Carmen, yo soy muy desgraciado, yo no merezco la vida, viera doña Carmen, que yo me voy a morir, yo soy un infeliz cualquiera, dañá Carmen, yo me voy a matar.

—Y le digo yo:

—Noo, ¿por qué se va a matar? ¿Qué es eso? Usted lo que tiene que hacer es buscar un grupo de Alcohólicos Anónimos para que le ayuden a componerse.

—Es cierto, es cierto —intercedió otra viejita con cara de días sin huella y olorosa a farmacia—, hágale caso a ella, ➡

COMO UNA GUAYABA

■ JUAN FERNANDO CORDERO

y de cómo, pocos días después, le regalaban la virgen soñada. Hablamos de los corridos y de cómo morirse, siendo tan popular, sin que lo velen a uno en un montón de lugares.

Carmen Granados aún no termina de entender de qué manera uno de sus personajes humorísticos encontró cabida en radio Fides, pero no deja de mencionar, sin disimulada satisfacción, lo que ha aumentado la audiencia de la emisora desde ese momento.

Esas grabaciones, y las que realiza para ra-

dio Columbia desde hace más de 30 años, la mantienen activa dos veces por semana desplazándose hasta el centro de San José, siempre en taxi y siempre sentada en el asiento de adelante, pues los choferes se desviven por contarle sus angustias y alegrías.

Pero la cara no se le iluminó más, sus vivaces ojos no centellearon más que cuando fue tema de conversación don Pepe Figueres.

Esa fue la mejor anécdota de la tarde amarilla, que terminó barrida por una lluvia de gotero-

nes impensados.

Distanciada del fallecido expresidente por asuntos relacionados con el célebre corrido que hizo en su honor, doña Carmen se encontró con él en una fiesta a la que Figueres no había sido invitado.

Tan dueño de sí mismo y tan ajeno a lo que de él dijeran como era, don Pepe entró directo hacia donde estaba ella y le dijo: "Carmencita, yo sé que has estado muy brava conmigo desde hace varios años y tenés toda la razón".

—Si replicó doña Carmen, porque usted se dejó rodar como una guayaba.

Te pido perdón, añadió el exmandatario. No se preocupe, don Pepe, yo lo perdóné hace mucho tiempo.

foto de la portada. Faltaba la foto de la portada de esta Revista Dominical. Doña Carmen pudo ir a Pueblo Antiguo, como planeábamos, y entonces hubo que correr a retratarla en su casa, en Sabana Norte.

Tarde amarilla de brisa navideña en pleno agosto y ella, sonriente y perfumada, pequeña y llena de vírgenes, ingeniosa, caja de sorpresas, se tomó muy en serio las instrucciones del fotógrafo Albert Marín y muy en broma la conversación.

Junto con Eladio Jara, hablamos de Paco Zúñiga y de los resentimientos, de nuestros amigos los nicaragüenses, de los orígenes de la radio en Costa Rica, de Alma Tica y la Nueva Alma Tica.

Y de sus premoniciones, como la de la gran imagen religiosa que le caía encima en sueños



Durante 12 años, Carmen Granados realizó un programa en radio Columbia junto al ya fallecido Rodrigo Sánchez, por quien ella guarda un inmenso cariño.

miere, hágale caso, es cierto, es cierto; mire, yo la conocí a ella cuando era la alcohólica más grande que yo he visto en esta vida y véala ahora. ¿no ve qué bien que está?"

"Hace un par de años tuve una oclusión intestinal como a media noche. ¡Qué cosa más terrible! Yo creí que me iba a morir. Me pasaron de emergencia al hospital México y allí llegó doña Marcelina y de inmediato llamó al doctor.

Pero ¡qué cosa! La vida está llena de sorpresas aún en los peores momentos. Me revisó el médico con gran atención y luego me pregunta:

—¿Usted no me conoce a mí?"

—No, doctor, no lo conozco, le dije yo.

—¿Cómo va a ser que no me conozca? Fíjese que yo fui el lechero de su casa hace muchos años. ¿Se acuerda cuando Eduardo llevaba la leche a su casa? Pues yo era el muchachillo que bajaba la leche del tarro.

—¡Mire doctor! ¡Quién me lo iba a de-

cir a mí! ¡En las manos que iba a caer! ¿Ve, doctor? ¡Qué leche la mía! Y dígame una cosa, doctor: ¿habrá que operar?"

—Si señora, siempre que usted esté de acuerdo.

—Pues sí hay que hacerlo, hay que hacerlo. ¿Qué le vamos a hacer!

—Entonces, debe firmar en este libro.

Le dije a mi amiga Flory Alfara, que en ese momento me acompañaba: "Mirá, mejor me vas a buscar un sacerdote porque uno no sabe, hay que estar bien con el Señor de la Casa de Alto. ¡Qué va a saber uno si ya le toca la nube rosada!"

Me llevaron a la sala de operaciones. Antes de llevarlo a uno para allá, le dan una pastilla para calmarle los nervios y entonces yo llegué muy tranquila y me puse a observar a los doctores, todos muy formales con aquellas mascarillas verdes que les cubrían los rostros.

Yo estaba muy sonriente y entonces uno de los médicos me preguntó:

—¿De qué se ríe, doña Carmen?"

—Es que me estoy acordando de un chiste.

—Bueno, cuéntelo, cuéntelo, antes de que empiece.

—Pues dicen que una vez iban a operar a una señora ya grande así como yo y el doctor, para consolarla, le decía: "No se preocupe, señora; yo le garantizo que usted va a quedar muy bien. Va a ver qué bien que va a quedar". Entonces la señora le preguntó: "Doctor, ¿y como cuánto me irá a costar la operación?" "Bueno señora —dijo el médico— esto le va a salir costando unos cinco millones de colones." ¡Putá! —exclamó la señora— con razón vinieron enmascarados, si es que esto no es una operación sino un asalto."

Todos nos reímos mucho y después yo me fui quedando dormida, dormida, dorm...

Cuando Rodrigo Sánchez estaba en el hospital, ya bastante malito por cierto, yo fui a verlo una tarde y para animarlo le dije: "Mirá, si yo también estuve aquí en alitas de cucaracha, peor que vos y ya me ves, aquí estoy. Vos vas a salir bien de todo esto, no te preocupés. Yo en la mesa de operaciones, hasta les conté un chiste a los doctores y se rieron bastante.

Entonces le conté a Rodrigo ese mismo cuento y gozó mucho. Luego me contó su esposa que esa fue la última vez que se rió."

Con los anuncios de Irex que hice en la televisión, también han sucedido cosas curiosas. En una oportunidad íbamos Lencho y yo para los Estados Unidos con el fin de cumplir algún compromiso y al llegar al aeropuerto de Nueva York, había un gringo en el pasillo como esperando a alguien, y al pasar yo me dice: "Oh Mrs. Irex, oh Mrs. Irex!"

Algo parecido le sucedió a don Ricardo, el dueño de la fábrica Irex, cuando en un restaurante de Managua estaba almorzando y en eso pasaron por televisión mi anuncio. El, con el propósito de observar la reacción de la gente, le dijo a un nica que andaba por ahí: "¿Bonito anuncio, verdad?"

Se volvió el nica y le dice: "Ej, y ujé sabe, eja ej una paisana nuejra que ejá trabajando allá en Cojta Rica."

"Yo heredé de mi padre la afición a ju-

gar lotería y un día me pasó algo curioso. Por lo general, siempre le compraba a un vendedor que se instala ahí por el Más x Menos del Paseo Colón y le dejaba la tarea de escogerme el número que a él más le gustara. Una vez me dio el 71. Yo lo vi, no le puse mucho cuidado, lo eché en la cartera y me olvidé del asunto. A la semana siguiente llego por ahí y me doy cuenta de que me siguen ciertas miradas extrañas; me acerco a la señora del vendedor de lotería y me dice:

—¿Y diay doña Carmen, ¿muy contenta con la sorpresa?"

—¿Cuál sorpresa?"

—Y diay, ¿mi marido no le dio a usted el gemelo de los cuarenta millones?"

"Empiezo a registrar la cartera de arriba a abajo, por todos lados y nada del número. Me voy para la casa y registro armarios y gavetas y cuanto rincón se me ocurrió y nada, nada por ninguna parte del bendito número.

"Lo más triste de todo fue que ese número nadie lo cambió y finalmente quedó a beneficio de la Junta de Protección Social. Menos mal; pero a veces me pongo a pensar en todo lo que yo hubiera podido hacer con veinte millones de colones, que era lo que me correspondía. En fin, que el dinero es caprichoso y así como a veces cuesta verlo, otras veces llega sin llamarlo."

"Una vez había en el Penal La Reforma un concurso de canchones y había muchos premios de por medio. Al trió Los Juanes y a mí nos invitaron a participar como jurado. El espectáculo iba a ser en el gimnasio y estábamos todos ahí por fuera llevando sol porque no aparecía la llave, hasta que a mí se me ocurrió dirigirme a los reclusos que nos acompañaban para decirles: "Angelitos, ¿entre todos ustedes no habrá alguno capaz de abrir este candado?"

Inmediatamente aparecieron tres o cuatro voluntarios; el candado se abrió y pudimos comenzar con la función. ¡Cómo se reían los sinvergüenzones!" ■

Adaptado por Yuri Lorena Jiménez del libro *Esa que llaman Rafaela*, con la autorización de Carmen Granados y Eladio Jara.